

vez era más enérgica y que expresaba un frío reproche y despecho, pero no el amor de otros tiempos.

—¿Y qué es lo que no habría sucedido?—  
díjome con sorpresa y volviéndose hacia mí.  
—No ha sucedido nada, sino que todo está bien, muy bien,—dijo á manera de conclusión y sonriendo.

«¿Sería posible que no me comprendiese ó lo que era peor aún que no quisiese comprenderme? pensé, y algunas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Y no habría sucedido que, no siendo culpable, me ví castigada con tu indiferencia y hasta con tu desprecio,—exclamé de pronto.  
—Y lo que no habría sucedido fuera al verme, sin ninguna culpa por mi parte, verme privada de pronto por tí de todo aquello que me era más querido.

—¿Qué es lo que estás diciendo, amiga mía?  
—exclamó como si no comprendiera lo que le decía.

—Permíteme que concluya. Me privaste de

tu amor, de tu confianza y hasta de tu estimación, y esto porque me figuré que habías dejado de amarme después de lo ocurrido. Es preciso que ahora te diga de una vez todo lo que me tortura,—repliqué interrumpiéndole aún.—¿Era yo culpable de que no conocía la vida y de que tú permitieses que me fuera enterando sola de toda ella? ¿Y soy yo culpable al presente, que al cabo concluí por comprenderlo todo sin ajena ayuda y saber lo que se necesita en esta vida, al presente que pronto hará un año que lucho por volver á tu lado, de que tú no cesas de rechazarme haciendo como que no comprendes lo que deseo? ¿Y si las cosas se arreglan de tal manera que no haya que reprocharte nada y yo siga siendo culpable y desgraciada? ¡Sí, tú quisieras arrojarme otra vez á esa vida que haría mi desgracia y la tuya!

—¿Y en qué te fundas para decir que yo hago eso?—preguntó con una sorpresa y un terror que no tenían nada de fingidos.

—¿No me decías, ayer sin ir más lejos, y me

lo estás repitiendo continuamente, que no me hallo á gusto aquí y que era necesario que marchásemos á pasar el invierno en San Petersburgo, población á la que ahora execro? En vez de alentarme,—seguí diciendo,—evitaste toda franqueza conmigo, toda palabra sincera ó dulce. Y en seguida, el día en que caiga, me reprocharás por esa caída y la condenarás alegremente.

—Detente, detente,—me dijo con acento tan frío como severo,—no está bien lo que dices. Lo más que demuestra es que estás prevenida en contra mía, que no me...

—¡Que no te amo!—exclamé.—¡Dilo! ¡Dilo! y un torrente de lágrimas se escapó de mis ojos, y sentándome en el banco me cubrí la cara con el pañuelo.

«He ahí como me comprende», pensé, procurando contener los sollozos que me oprimían la garganta. «Esto es hecho, no queda nada de nuestro antiguo amor; me lo dice una voz en mi corazón.» No se acercó á mi ni me consoló,

habiéndole lastimado lo que le dijera. Su voz era tranquila y seca.

—No sé qué es lo que tienes que reprocharme,—empezó á decir, como no sea que no te amo más que antes.

—¡Cómo antes me amaste!—murmuré sin separar el pañuelo de la cara y humedeciéndolo con amargas lágrimas.

—Y en eso todos somos culpables: el tiempo, nosotros mismos, todos por igual. A cada época corresponde una fase distinta del amor,—dijo, y se calló.—¿Y quieres que te diga la verdad ya que me exiges que te sea franco? Del mismo modo que en aquel año en que te conocí pasé noches sin sueño pensando en tí y reconstituí mi propio amor que iba creciendo en mi corazón. Así que precisamente lo mismo en San Petersburgo que en el extranjero pasé unas noches horrosas procurando quebrantar, aniquilar aquel amor que me atormentaba de una manera indecible. No supe quebrantarlo, pero al menos rompí lo que en

él me torturó, y á pesar de todo seguí amándote, sólo que con otro amor distinto.

—¡Y llamas á eso amor, cuando solo fué un suplicio!—repliqué.—¿Por qué me permitiste que frecuentase la sociedad, si esto te parecía tan pernicioso que por ello dejaste de amarme?

—Es que no es la sociedad la culpable, amiga mía.

—¿Y por qué no hiciste uso de tu poder? ¿Por qué no me ataste y no me mataste? Eso quizás habría sido mucho mejor para mí hoy, pues no habría perdido todo aquello que constituye mi dicha y sufrido una vergüenza menos.

Y otra vez empecé á sollozar cubriéndome el rostro, y en el mismo momento llegaron Macha y Sonia alegres y mojadas, riendo y chillando alegremente. Al entrar en la terraza y ver que nosotros estábamos allí, se callaron marchándose en seguida. Durante largo rato estuvimos sin decirnos una palabra, y cuando nos quedamos solos lloré con toda mi

alma y me quedé como más aliviada. Le miré y le ví que estaba sentado, teniendo apoyada la cabeza en la mano, como si al parecer quisiese decirme alguna cosa para responder á mi mirada, pero se limitó á suspirar volviendo á su primera postura. Me acerqué á él y le hice separar la mano con que se cubría el rostro, y entonces su mirada meditabunda se fijó en mí.

—Sí,—dijo como respondiendo á su pensamiento,—para nosotros, y especialmente para vosotras las mujeres, es de todo punto necesario haber acercado á los labios la copa de las frivolidades de la vida antes de probar lo que esta misma es. Sin esto no se cree jamás en la ajena experiencia. En aquella época no habías adelantado gran cosa en el estudio de la ciencia de las seductoras y graciosas frivolidades. Te dejé, pues, que te enterases de ella, pues no tenía el derecho de prohibírtelo, por lo mismo que para mí hacía mucho tiempo que esa hora había pasado.

—¿Por qué me dejaste vivir en el seno de

esas frivolidades si era verdad que me amabas?

—Porque te habrías negado á ello, ó mejor dicho, no habrías querido creerme. Era necesario que te convencieras por tí misma, y así lo has hecho.

—Razonas mucho, y esta es señal de que tu cariño no es muy grande,—observé.

Nos quedamos ambos muy silenciosos.

—Es muy duro lo que acabas de decirme, pero es, sin embargo, la verdad,—me dijo poniéndose de pronto en pie y empezando á pasearse por la terraza;—sí, esa es la verdad. He sido, sí, culpable,—añadió parándose delante de mí:—ó bien no debí permitirme amarte, ó al menos haberte amado más sencillamente.

—Olvidémoslo todo, Sergio,—dije tímidamente.

—No, es que lo pasado no vuelve jamás. No se vuelve nunca atrás,—y su voz se quebrantó al decir esto.

—Todo volvió,—le dije á mi vez apoyando

una mano en su hombro, y cogíendomela la estrechó entre las suyas.

—No, no he dicho la verdad cuando pretendí que no echaba de menos lo pasado; sí, echo de menos ese amor de antaño, y lloro ese amor que ahora ya no puede subsistir. ¿Quién es el culpable? No lo sé. El amor puede existir aún, pero ya no es el mismo: su sitio está aquí en el corazón, pero hállase ya dolorido; no tiene ni fuerza ni sabor; el recuerdo y el agradecimiento no se desvanecieron, pero...

—No hables de esa manera,—le dije interrumpiéndole.—¿Será posible que sea lo que dices?—le pregunté mirándole cara á cara. Su mirada era serena, tranquila, y al cruzarse con la mía perdió su profunda expresión. En el mismo momento en que le hablaba comprendí que lo que deseaba y el objeto de mi pregunta no eran irrealizables. Sonreíase con una sonrisa tranquila, con la de un anciano, me pareció.

—¡Qué joven eres aún y qué viejo soy yo!

—exclamó.—Y ya no hay en mí aquello que tú parece que quieres buscar. ¿A qué hacerse ilusiones?—añadió sin dejar de sonreirse.

Estaba á su lado y callada y me figuraba que mi alma iba poco á poco recobrando su tranquilidad.

—No intentemos repetir la vida pasada,— siguióme diciendo,—ni queramos engañarnos el uno al otro mintiendo, que algo es, si Dios lo permite, no tener ni inquietud ni turbación. Hemos hallado lo que necesitamos y bastante parte obtuvimos en la dicha. Ahora lo que nos conviene es abrir el camino y ahí tenemos á quien...—dijo señalándome á la nodriza que llevando á Vassia en sus brazos se había acercado á nosotros quedándose junto á la puerta de la terraza.—Eso es lo que debemos hacer, querida mía,—añadió inclinándose y besándome la cabeza. Y no fué un amante el que me besó, sino un antiguo amigo.

Desde el fondo del jardín continuaba elevándose siempre más potente y penetrante la frescura de la noche; los sonidos lejanos se es-

parcían con más solemnidad por el aire y les sucedía una profunda tranquilidad y en el cielo iban en aumento por momentos las estrellas que centelleaban como otros tantos diamantes. Miré á Sergio, y de pronto experimenté en el fondo de mi alma como un alivio inmenso, algo semejante á lo que me habría pasado si me extirparan un nervio moral desarreglado y que me hacía sufrir. Así comprendí claramente y con calma que el sentimiento que me había dominado durante esa fase de mi existencia, había desaparecido para siempre lo mismo que la fase que lo representaba, y que retornar á todo ello no sólo era imposible, sino que además me fuera penoso y hasta odioso. Con lo sucedido había bastante. ¿Había sido tan bueno aquel tiempo pasado que me parecía encerrar tales alegrías? ¡Había tenido una duración tan larga, tan larga!

—Creo que es hora de que tomemos el té,—me dijo con mucha dulzura, y juntos nos fuimos al salón.

En la puerta volví á encontrar á Macha

acompañada de la nodriza. Tomé al niño en mis brazos, tapele los piececillos y le estreché contra mi corazón, y rozando apenas su carita con mis labios le besé. Medio dormido como estaba movió los bracitos, extendiendo los dedos regordetillos y abriendo los ojos adormilados lo mismo que cuando se busca ó se quiere recordar alguna cosa. De pronto su mirada se fijó en mí brillando en ella un destello de inteligencia, y sus labios gruesos y rojos se entreabrieron con una sonrisa. «¡Eres mío!» pensé con una especie de tensión deliciosa que circulaba por todos mis miembros, y le volví á estrechar sobre mi pecho con alguna dificultad para no hacerle daño. Empecé luego á besar sus piececillos fríos, su pecho y su cabeza, en la que se veían algunos pelitos. Sergio se acercó á mí y tapó rápidamente la cabecita del niño, y descubriéndola luego, exclamó:

—¡Ivan Sergueitch!—y le tocó en la barbilla.

A mi vez tapé á Ivan Sergueitch, porque na-

die, excepción hecha de mí, debía contemplarle durante mucho rato. Miré á mi marido y ví que sus miradas reían al fijarse en mí, y desde hacía mucho tiempo, desde una época lejana, era la primera vez que experimenté una gran alegría y un sentimiento muy agradable contemplándole.

Fué en ese día cuando concluyó la novela con mi marido, y el antiguo cariño se quedó al lado de aquellos recuerdos queridos que no podían volver y el sentimiento de un nuevo cariño al padre de mis hijos, y á éstos, inauguró el principio de otra existencia dichosa sobremanera y cuya felicidad no se agotó aún á la hora presente, y me convencí hace mucho tiempo de que la realidad de la dicha está en el hogar y en los puros goces de la familia.

FIN

54954

PO  
.S  
M3